

“La alegría de ser mamá”

Introducción

“Todas las personas mayores han comenzado por ser niños, (pero pocos de ellos lo recuerdan)” Saint-Exùpery

Para pensar y reflexionar sobre la experiencia de la maternidad me parece importante hacer el ejercicio de recordar nuestra experiencia filial. Nuestra vivencia como hijas desde la perspectiva de las niñas y adolescentes que alguna vez fuimos. ¿Cuáles eran nuestras necesidades, sentimientos, miedos, alegrías, tristezas, sorpresas, ocurrencias, travesuras, secretos, anhelos...? Como dice Saint-Exùpery todas fuimos niñas pero, ¿lo recordamos? ¿Por qué es importante recordarlo? Porque nos permite comprender las necesidades, sentimientos, miedos, alegrías, tristezas, sorpresas, ocurrencias, travesuras, secreto, anhelos... de nuestros hijos. En definitiva nos ayuda a ser **mamás**.

Ser mamá

Ahora bien ¿Qué significa ser mamá? Evidentemente no hay una respuesta única. Creo que hay tantas respuestas como madres, e incluso me animo a decir que hay tantas respuestas como hijos. Yo no soy la misma mamá para mi hijo de 16 años que para el más chiquito de 7. No lo soy ahora y no lo fui nunca ya que cada uno llegó a mi vida en un momento diferente, en circunstancias distintas y por supuesto cada uno es único e irreplicable en mi corazón.

Sin embargo podemos encontrar algunas características o funciones básicas que cumplimos todas las madres.

La función básica de toda madre es alimentar física y psicológicamente al niño dándole protección y a la vez estimulándolo a crecer. Cuando nuestros hijos nacen o llegan a nosotras por adopción son casi una prolongación nuestra. Ellos no están preparados para enfrentar el mundo solos. Nacen indefensos y vulnerables. Es por eso que necesitan de su madre para ser alimentados no sólo físicamente sino psicológicamente. Hay estudios que demuestran que un bebé puede estar perfectamente alimentado, limpio y cuidado pero si no es estimulado, acariciado y querido no sobrevive.

¡Qué difícil y desafiante tarea la de toda madre! Debemos proteger a nuestros hijos pero teniendo en cuenta que deben crecer y “desprenderse de nosotras” poco a poco. Es nuestra responsabilidad **estimularlos para crecer**.

Las madres atendemos las necesidades básicas: alimentación, afecto, contacto piel a piel, estimulación intelectual y sensorial. Esto de ninguna manera excluye al papá. Todo lo contrario debemos ser generosas en la inclusión del padre en todas las tareas de crianza.

Históricamente el padre era el “proveedor material” de la familia. Hoy las cosas cambiaron, las madres también trabajamos y eso permite que el padre se involucre en lo cotidiano: pañales, comida, rituales de sueño, etc. ¡Bienvenidos sean los papás!

También las madres entregamos un “amor incondicional” a cada uno de nuestros hijos. Esto no significa que les dejemos hacer cualquier cosa sino que pase lo que pase, hagan lo que hagan, se porten bien o mal, les vaya bien en el colegio o no, siempre pero siempre nuestro amor estará presente. No hay explicación para el amor de una madre hacia un hijo, no hay motivos ni razones. Simplemente los amamos porque son nuestros hijos.

Es así como **Mamá** enseña a recibir y a expresar ternura. Siempre pienso como esto se reflejó en mis propios hijos y en cada uno veo lo que les transmití como pude y supe en cada momento de la vida. Nunca

podría decir que quiero más a uno que a otro, que tengo un preferido entre los cuatro porque mi amor y mi manera de enseñarles a recibir y expresar ternura fue absolutamente diferente y ellos con su personalidad lo aprendieron con sus propias características.

Una vez un papá me preguntaba como podía resolver las peleas entre sus dos hijas ya que si defendía a una la otra se enojaba y viceversa. Y llegamos juntos a la conclusión de que es imposible para un padre o una madre tomar partido por alguno de sus hijos. Es un amor cualitativo, no cuantitativo.

Hace unos años hablando con una maestra, con mucha experiencia y sobre todo con mucha sabiduría (que no le habían dado los libros sino la vida misma), le comentaba que estaba preocupada porque confundía los nombres de mis hijos. A Juan Cruz le decía Francisco, a Francisco, Agustín y a Adrián, Juan Cruz. ¿Qué me pasa?, le preguntaba, estoy mal de la memoria. Y ella me contestó ¿Sabés por qué confundís sus nombres? Porque el amor hacia ellos es el mismo. Los cuatro son tus hijos más allá de cualquier circunstancia. No se si es una respuesta científica pero si acertada.

¿Cómo medir el amor de una madre hacia un hijo? Es el único amor que no pone condiciones. Simplemente **es**.

Entre madres e hijos

De la misma manera las madres ayudamos a cada hijo a creer en sí mismo: “Soy capaz de hacer bien las pequeñas tareas de cada día y ser valorado por ello”. Cada persona aprende a valorarse tal como ha sido valorado principalmente por mamá y papá. Un chico reconocido y aceptado con sus virtudes y defectos construye una imagen positiva de si mismo y por ende una autoestima positiva y realista.

Podemos decir que hay distintas etapas en la relación madre-hijo. Simplemente voy a mencionar alguna característica distintiva de cada una de ellas.

Las necesidades de los niños van cambiando y es necesario adaptarse a ellas.

- Primer año de vida: cambios muy grandes.
- Segundo año: es muy expresivo, besos y abrazos.
- Tercer año: juega a contradecir a su mamá. Aparece el “no”.
- Cuarto año: necesita a su mamá para obtener la aprobación social. Está orgulloso de ella.
- Quinto año: es más independiente, quiere aprender y confía en la autoridad de su madre, le gusta que le lea cuentos, quiere que le explique todo, le gusta pasear y jugar.
- Sexto año: se interesa por el mundo exterior, se cree más auto suficiente de lo que es.
- Séptimo año: mayor madurez, relación de compañerismo, necesita razones para obedecer.
- Octavo año: necesita la aprobación social, es demostrativo y quiere darle el gusto a su madre.
- Noveno año: más independiente y maduro, sus amistades están más definidas, requiere menos tiempo de atención pero es necesario estar disponibles para escucharlos. Edad clave para establecer un vínculo cercano y afectuoso que permita una adolescencia sin conflictos.
- Décimo año: relación con la madre sincera, confiada y directa, la mamá tiene aún importancia en sus decisiones y está orgulloso de ella.
- Año once: empieza a resistir las indicaciones maternas aún antes de oírlas, “primer portazo”.
- Año doce: críticas a mamá por ser “estricta y exigente”, tiene una actitud cambiante.
- Año trece: empieza a aislarse, “Mamá se entromete en mis cosas”.
- Año catorce: el comportamiento es variable y cambia la relación madre-hija y madre- hijo.

Podríamos seguir año tras año y agregar por supuesto más características en la relación madre-hijo. Simplemente me parece importante mencionarlo ya que nos puede ayudar en la tarea de ser madres. Sobre todo porque las madres desarrollamos una especial capacidad de adaptación y esto se debe en gran parte

a los cambios que nuestros hijos tienen a lo largo de nuestra vida.

La vida laboral fuera de casa

Como mencionaba anteriormente ya no es el padre quien sale a trabajar para traer el sustento para el hogar sino que las madres nos hemos incorporado al mundo laboral por necesidad y por elección. Estudiamos, nos preparamos y nos desarrollamos profesionalmente.

Esta realidad nos ha permitido adquirir nuevos roles, ampliar nuestros intereses y perfeccionar otros. Así ganamos seguridad y confianza en nosotras mismas.

También nos obliga a “administrar el tiempo” en cantidad y calidad para estar atenta a los intereses y necesidades de nuestros hijos. Es importante compartir actividades como comprar, cocinar, estudiar...

El humor en casa

Un consejo: desarrollemos nuestro sentido del humor. Aprendamos a reírnos con nuestros hijos.

La madre es la principal fuente de seguridad y debe transmitir sentido del humor facilitando al niño su absorción para enriquecer el clima familiar.

Si reaccionamos de manera simpática frente a sus dificultades u ocurrencias, nuestros hijos aceptarán sus imperfecciones.

El sentido del humor es “contagioso”. Recuperemos la alegría de la maternidad.

Hijos hoy y siempre

Las madres, he aquí la gran responsabilidad de la maternidad, debemos ayudar a nuestros hijos a creer firme y sinceramente en sí mismos.

Es por eso que la clave de nuestro éxito como madres reside en educar “**hijos felices**”.

“Y que en la dulzura de la amistad haya lugar para la risa y los placeres compartidos. Porque en el rocío de las pequeñas cosas el corazón encuentre su mañana y tome su frescura”

K. Gilbram